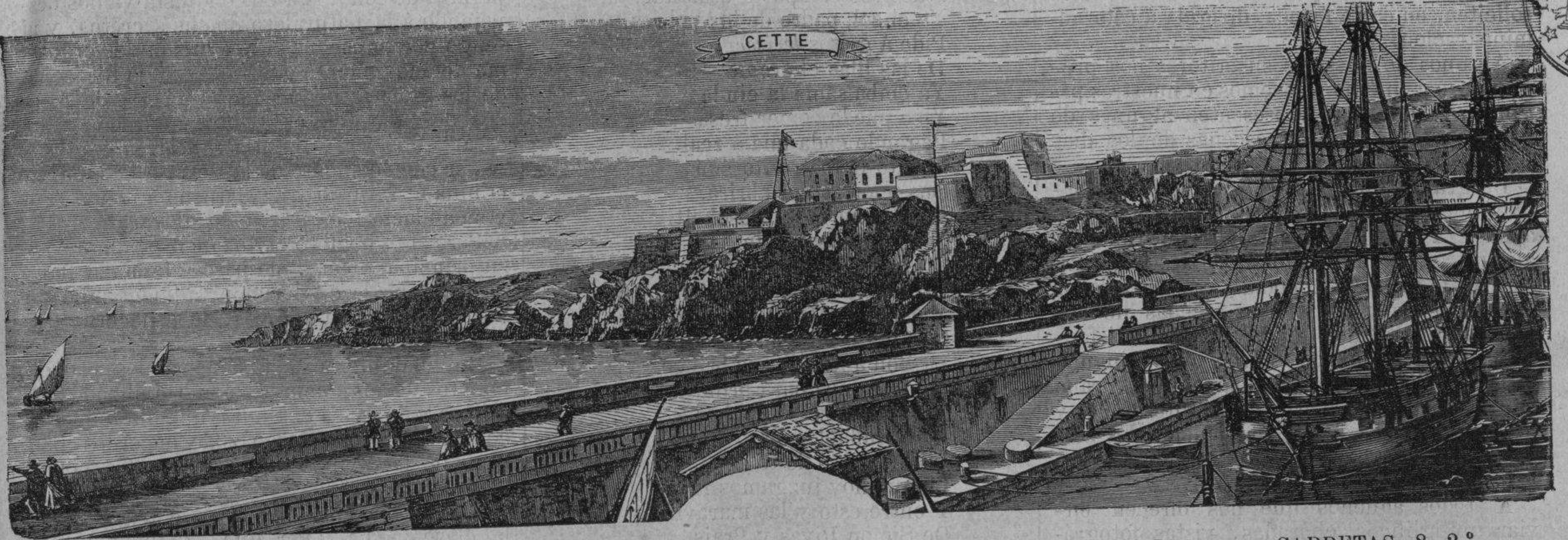


El Periódico Ilustrado.



Número 9.
DEL 3 AL 11 DE MAYO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.^o
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.

SUMARIO.—TESTO: *Revista de la semana*, por M. del Palacio.—*Tres problemas sociales*, por L. G. de Luna.—*Crónica judicial*, por I. Virto.—*Teatros*, por E. de Inza.—*Cette, Cochinchinos y japoneses y El mes de Mayo*, por J. Belza.—*C. Prócula*, por J. J. Cervino.
LÁMINAS: *Cette*.—*Cochinchinos y japoneses*.—*El mes de Mayo*.—*Groglífico*.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

Madrid. . . Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.
Provincias. Un año 28 » —Seis meses 14 »
Ultramar. . Un año 80 » —Seis meses 40 »

4 cuartos
el
número.

AVISO.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO, representante desde hoy de *Le Petit journal* francés, de París, recibe las suscripciones a este último periódico en su Administracion, calle de Carretas, número 8, cuarto segundo, y en el despacho central de las Cuatro Calles, donde tambien se espenden los números sueltos.

De la misma manera se reciben suscripciones al *Journal illustré* francés.

CORRESPONDENCIA

a nuestros lectores, a nuestros suscritores, a nuestros amigos.

La estensa correspondencia que nos vemos obligados a mantener, tanto con nuestros corresponsales de provincias como con nuestros

numerosos suscritores, nos obliga hoy a contestarles en general, haciéndolo en la primera página de nuestro número, en vez de verificarlo a la conclusion, como lo tenemos de costumbre.

Gracias a vuestra amable cooperacion, a vuestros consejos y a vuestra bondad, EL PERIÓDICO ILUSTRADO, que empezó a publicarse hace dos meses, ha alcanzado en este corto espacio de tiempo un éxito tan fabuloso, que no pudimos presumir jamás fuera tan grande ni tan inmediato.

Una y mil veces gracias por tan lisonjera como productiva cooperacion. Igualmente las debemos a los señores presidentes de los Casinos de provincias, porque a su influencia se debe indudablemente las numerosas suscripciones que recibimos diariamente de aquellos círculos.

No es menor nuestra gratitud para con los

señores prelados y sacerdotes, que tomándose un interés extraordinario por nuestra publicacion, no pasa dia sin que recibamos muestras indudables de sus buenos oficios en nuestro favor.

Gracias, en fin, a todos, volvemos a repetir, y para corresponder dignamente a tantas muestras de cariñoso aprecio, preparamos nuevos trabajos y magnificas viñetas, que en vez de desmerecer de las que hasta aquí llevamos publicadas, son de un extraordinario mérito y de un gran coste.

La parte de redaccion se halla confiada a reputados escritores, cuyo solo nombre es ya una garantía.

Muchas personas nos suplican les enviemos la última produccion de nuestro querido amigo y festivo redactor D. Manuel del Palacio, titulada *De Tetuan a Valencia, haciendo noche en Miraflores*.



COCHINCHINOS Y JAPONESES.

Tendremos un placer en enviar directamente la citada obra á todos aquellos que la soliciten, en carta franca, dirigida á esta administracion.

Algunos de nuestros suscritores nos preguntan por qué no ofrecemos en nuestras páginas grabados que representen algunas de las deplorables y tristes escenas de los días 8 y 10 del mes próximo pasado.

Desgraciadamente esto es imposible, porque nuestra publicacion es completamente ajena á la política y podríamos experimentar algun tropiezo. Sin embargo, nuestra profesion de fé es harto conocida, y en trasladar á nuestro semanario ciertas escenas de actualidad tendríamos una verdadera satisfaccion; pero por hoy no enarbolamos ninguna bandera política: somos únicamente el órgano de las ciencias, las artes y la literatura, y permaneceremos siendo únicamente los soldados del progreso y del porvenir de la España en este sentido.

A todos aquellos que nos ofrecen enviar geroglíficos, charadas, vistas fotográficas, etc., un millon de gracias, y desde ahora aceptamos con placer su generoso ofrecimiento.

PEDRO A. LAMARTINIERE.

REVISTA DE LA SEMANA.

Poco y malo esta semana
Me ofrece que revistar,
Pues á un vértigo sujeta
Se encuentra la humanidad.
Ejecuciones aquí,
Asesinatos allá,
Presentimientos de guerra
Donde reinaba la paz,
Y en todo el mundo recelo,
Y sobresalto y afán;
Este es el vivo retrato
De nuestra presente edad:
Gozoso con sus victorias,
No anhelaba el Norte más,
Cuando una mano homicida,
Tan aleve como audaz,
Ha abierto á Lincoln la tumba,
Que á más de tumba es altar.
Un cómico cuya raza
Reside en el Maryland,
Un Booth, que haciendo tragedias
Ganó renombre y caudal,
Esta infame ha ejecutado
No se sabe con que plan,
Y que de fijo, la última
De sus tragedias será.
Por fortuna aquella tierra
Es tierra de libertad,
Y para seguir la obra
Del demócrata inmortal
Hombres tiene en abundancia
Como Jhonson y Seward.

Muerte tambien, pero á impulso
De una dolencia tenaz,
Ha hallado en tierra extranjera
El gran duque Nicolas.
Jóven, de un trono en las gradas,
Y amado de una beldad,
Que sus últimos momentos
Ha querido consolar,
Nada ha bastado á su alivio,
Todo ha cedido ante el mal,
Ciencia, fortuna, esperanza,
Cuanto el hombre tiene y dá.
Con sus restos un navío
Partió de Niza á Cronstad,
Mientras su padre, que á tiempo
Llegó de verle espirar,
Ha andado cuatro mil millas
En setenta horas no más,
Y hoy llora su desventura
En su palacio imperial.
Todo ante la muerte cede
Y es su ley, ley de igualdad,
Pero unos mueren ahitos
Y otros por falta de pan.

Ya empieza la primavera
Nuestros campos á esmaltar;
Ya el sol, padre de los pobres,
Pide á gritos *levisac*.
De las lilas el aroma
Ya embalsama la ciudad,
Y se puede comer fresa
Pagando cada una á real.
Pronto el teatro Rossini
Sus puertas nos abrirá,
Y de la hermosa Boschetti
Y de Tamberlik sin par,
Oiremos los dulces trinos
En *Fausto* y *Don Sebastian*,
Y en *El Profeta* y *La Mutta*
Que pinta mi amigo Plá.
La Bonfanti con sus brincos
Tambien nos hará brincar,
Y pasaremos las noches
En agradable solaz,
Libres acaso de todo
Lo que hoy juzgamos fatal.
Y entre esto y las maravillas
De Simon Rivas y Prais,
Entre los bailes campestres
Y los saltos de Leotard,
Y las corridas de toros
Y los conciertos de Arban,
Tal va á pasarse el verano
Que un majadero será
El que emigre de la córte
Buscando la sociedad,
Ya en las orillas del Sena,
Ya en los bosques de Hyde-Park.

Un libro, tan solo un libro,
Se acaba de publicar,
Por su forma, muy pequeño,
Muy grande, por su bondad.
Armonias y cantares
A su frente escrito vá,
Y en él Ventura Aguilera
Nos deja á todos atrás.
Poeta de sentimiento,
Profundo siempre y moral,
Un suspiro de su alma
Se encuentra en cada cantar.
Desgraciado, como bueno,
No vuelve al dolor la faz,
Que él en su dolor se anega
Y halla dulce su raudal.
Por eso entre sus cantares
Como este los hallarás:
«Para ir de este mundo al otro
Atravesamos un mar,
Tal vez por eso á la cuna
Forma de barco la dan.»
Ya ves tú, lector amigo,
Si esto es bello y es verdad.

M. DEL PALACIO.

TRES PROBLEMAS SOCIALES.

I.

La clase media.

Más de una vez, como á otros muchos, se me ha ofrecido la duda de si la civilizacion, tal como la poseemos, es una fortuna ó una desgracia para la humanidad. Considerado el hombre con relacion al objeto para que fué creado, parece indudable que su destino es un progreso constante, que le lleva al grado superior posible de perfectibilidad. Basta abrir la historia para convencerse de que aun á pesar de los períodos de oscurantismo porque la humanidad ha pasado de tiempo en tiempo, siempre ha aparecido la civilizacion con nueva fuerza, irradiando una luz más brillante, adhiriéndose más y más á nosotros, si puedo valerme de esta frase. Así, por ejemplo, la descastada civilizacion de los pueblos griego y romano era muy inferior á la nuestra, por mucho que en su abono digan los fanáticos admiradores de tiempos, cuya mayor grandeza consiste en la distancia que los separa de nosotros. El siglo marcha, como ha

dicho Eugenio Pelletan, y Dios sabe dónde parará; de conquista en conquista vamos despojando á la naturaleza de sus secretos, y ni tengo por imposible la resolucion del problema del movimiento continuo, ni la direccion de los globos, ni que con el auxilio de estos dos descubrimientos y otro que sirva para crear atmósfera, lleguen nuestros nietos á viajar cómodamente de la tierra á la luna, de la luna á Saturno y de Saturno á donde Dios y su audacia fuesen servidos llevarles.

Pero si el hombre civilizándose cumple con su principal objeto, me parece tambien fuera de duda que la civilizacion, aumentando sus necesidades y sus deseos, debe hacerle desgraciado.

En cualquier edad, sümense los padecimientos de dos hombres, el uno civilizado y el otro salvaje, y se obtendrá una diferencia en contra del primero, capaz de hacernos maldecir de la civilizacion y de nuestro eterno afán de civilizarnos.

En todas las naciones la clase mas infeliz es la clase media. ¿Por qué? Indudablemente porque es la mas civilizada.

Dos sistemas de gobierno se disputan el mundo, casi casi desde que salió de la nada; el uno, el que atribuye á la soberanía un origen divino; el otro, el que la hace emanar directamente del pueblo.

Las sociedades modernas han querido hermanar estos dos principios, creando un sistema ecléctico; aquellas sirven respectivamente á la aristocracia y al pueblo; el eclecticismo se ha inventado indudablemente para la clase media.

Yo creo que la aristocracia y el pueblo tienen resuelto su problema social en sus propias condiciones. Todos los sistemas del mundo no pueden impedir que haya opresores y oprimidos, ricos y pobres, gente que huelgue y gente que trabaje.

El gran problema social que está por resolver, cuya solucion es sin embargo de urgencia inmediata, es el problema de la clase media.

La civilizacion la coloca en aptitud muy adecuada para elevarse hasta las nubes ó para hundirse en el abismo mas espantoso; suspendido eternamente entre la prosperidad y la ruina, con la ambicion abierta á todos los deseos y condenada á la realidad, no hay suplicio como el suyo; es la parte de la sociedad que verdaderamente está fuera de su asiento. ¿Cuál es el asiento legítimo de la clase media?

Vive á igual distancia de la choza que del palacio; conoce tan á fondo la miseria como la opulencia; tiene conciencia de todos los placeres, los toca incesantemente con la mano y nunca consigue embriagarse con ellas para moderar el deseo con el hastio.

Dueña por derecho de conquista de sus dos poderosos ejes sobre que rueda la sociedad, del pueblo porque acepta su yugo, de las clases elevadas porque las necesitan, parece un rey sin cetro y sin corona, un verdadero monarca representativo; reina pero no gobierna.

Alguna vez consigue ver realizado su afán constante, y amparada de un título de nobleza, de un tratamiento de excelentísimo señor ó de algunos millones de capital, rompe la ominosa cadena y salva el escalon que le separa de la otra clase, que aun viviendo con ella es su rival y su enemiga; pero en cambio muchas más veces el salto que dá es de retroceso; desde las alturas del Capitolio se precipita por la roca Tarpeya, y rueda en un abismo de que la plebe no puede tener nunca ni la idea mas remota.

Como las escepciones no perjudican á la regla general, como en la clase media por cada uno que sube descenden ciento, como la inmensa mayoría se sostiene en un nivel espantoso, fuerza es reconocer que en la sociedad como en la religion, muchos son los llamados y pocos los escogidos.

Yo quiero que se me señale un solo hombre perteneciente á este nivel de que he ha-

blado, que sea feliz hasta el punto en que la felicidad es compatible con nuestra manera de sér. De fijo no lo hay: se comprende la felicidad en las clases que no traspasan nunca un círculo mezquino, que viven en un mundo infinitamente mas pequeño; se comprende tambien en las que tienen deseos y no obstáculos para realizarlos, pero es de todo punto inconcebible en las que para cada deseo ardiente tienen un obstáculo poco menos que insuperable.

La civilizacion que ha proclamado el gran principio de la igualdad, sigue adelante tan satisfecha, sin cuidarse de armonizar la teoría con la práctica: nos ha dicho que somos iguales, pero no nos ha dicho todavía los medios de serlo.

Teníamos ya la aristocracia de la sangre que nos parecia insoponible y le pusimos el correctivo de la del dinero; pronto esta se nos hizo tambien insufrible y creamos la del talento, que no pasa de ser una sangrienta ironía. Si con una sola aristocracia nos iba mal, nada me parece tan lógico como que con tres nos vaya infinitamente peor.

El horror instintivo á la aristocracia de los pergaminos nos hizo buscar algo con que ponerla en caricatura, y un instinto fatal nos dió á conocer la aristocracia del talento.

Véase un sábio habitando entre las cuatro paredes súcias y lóbregas de una boardilla, consumiendo su inteligencia en el estudio á la luz de una bela de sebo, ó véasele en la calle sombrío y meditabundo con su levita raída, y dígasenos: «ese es un aristócrata.» ¡Qué sonora será la carcajada de burla con que contestemos á este anuncio!

¿Es quizás el talento la escala mágica que ha de elevar á la clase media hasta las regiones de sus sueños? En algunos casos puede ser; pero la escepcion no destruye la regla general.

La única solucion que conozco para este problema es la osadía; pero la osadía es un don del cual solo disfrutaban algunos pocos.

Existe siempre el mismo desnivel, desnivel espantoso entre las necesidades y los recursos de la clase media. Yo no conozco leyes ni costumbres que lo puedan destruir: yo no veo que la civilizacion se dirija tampoco á destruirlo.

Cuando oigo hablar de reaccion me rio, y cuando oigo hablar de revolucion no me espanto; una y otra han equivocado su camino: inútiles son todos los esfuerzos de un poder cuya cabeza está ya abatida para siempre: el pueblo no conseguirá nunca llevar á cabo una revolucion duradera, porque no tiene problema que resolver; será cuando más un instrumento.

La verdadera revolucion social, cuyo carácter se desconoce, que no se pueda decir si será violenta ó pacífica, si tomará esta ó la otra forma, es la revolucion que ha de hacer la clase media, que ya viene iniciada y que Dios sabe dónde y cuándo se detendrá.

¿Bastará á resolver el problema de la vida, ó creará otro aun mas difícil? En el primer caso, la civilizacion será un bien positivo; en el segundo, una de las grandes locuras de la humanidad.

L. G. DE LUNA.

CRONICA JUDICIAL.

Tampoco podemos hoy comunicar nada nuevo á nuestros lectores acerca de la causa seguida contra Vicenta Sobrino. Las dilaciones sin cuento que hace tiempo viene experimentando esta causa, destinada, en nuestro humilde juicio, á figurar por muchos conceptos entre las más célebres de España, han empezado á llamar la atencion del público y de la prensa, que no aciertan á darse cuenta de los obstáculos que puedan oponerse á los procedimientos legales. Algunos periódicos llegan hasta indicar, y esto es verdad, que en nuestros Códigos existen medios sobrados de

evitar tantas dilaciones; y que es muy sensible que cuando todos los esfuerzos de los juriscultos encargados de promover la reforma de la tramitacion criminal se encaminan á acelerarla, sin perjuicio de los medios y de la libertad de la defensa, en la causa de Vicenta Sobrino, que el público sigue un particular interés, se esté dando un ejemplo que parece destinado á contrariar aquellos propósitos.

Efectivamente, sin que sea nuestro ánimo hacer una censura del procedimiento, es lo cierto que en el corto espacio que ha mediado desde la publicacion de nuestra última crónica, se han señalado tres diferentes dias para la vista de la causa de que nos ocupamos, y otros tantos se han suspendido, haciéndose nuevo señalamiento para que siga nueva suspension. Tan continuas dilaciones reconocen por origen los repetidos recursos presentados por el defensor de la Sobrino, recusando los distintos jueces elegidos para la prosecucion de los procedimientos; y aunque dichos escritos, cuando ménos por sus resultados, hacen indudablemente honor al talento y habilidad del jurisculto encargado de la defensa, en quien reconocemos el deber de apelar á todos los medios que la ley le ofrezca para conservar la existencia de los procesados, es lo cierto que la atencion del público está sobreescitada en este asunto, y que es opinion general que existe una tendencia marcada á dilatar indefinidamente los procedimientos. Ignoramos, pues, cuándo tendrá efecto la vista de esta ruidosa causa: de su resultado enteraremos oportunamente á nuestros lectores; pero desde luego podemos anunciarles que probablemente no asistirá la acusada á dicho acto.

Nuestros lectores recordarán el crimen cometido el 13 de setiembre último en la plazuela del Progreso, esquina á la calle del Meson de Paredes, del que fué víctima Juan Vazquez Bujan, soldado del depósito de Ultramar, y autor una jóven llamada María Castro Moratinos. Este homicidio, como es fácil de suponer, tuvo su origen en una cuestion de celos, pasion terrible, que lo mismo arma el riguroso brazo del soberbio moro de Venecia, que la delicada mano de una mujer; que da fuerzas y ferocidad al tímido y enfermizo pastor de Ivry para hundir repetidas veces un puñal en el seno de su voluble amada, y convierte á una tierna jóven en una pantera javanesa ó en un tigre real de Bengala.

En uno de estos últimos dias se ha verificado la vista de la causa seguida contra la Castro, ante la sala primera de la Audiencia de esta córte, con asistencia de la acusada. En primera instancia habia sido sentenciada á diez y seis años de reclusion temporal: el abogado fiscal pedia doce años de la misma pena, y el defensor la absolucion, en virtud de las circunstancias especiales que concurrieron en la perpetracion del crimen. Al presentarse la acusada ante el tribunal, se retrataba en su semblante la angustia que oprimia su corazon, llegando á tal extremo su desconuelo, que cuando terminado el acto le preguntó el presidente si tenia algo que esponer al tribunal, la infeliz no pudo pronunciar una palabra: la emocion habia paralizado su lengua. Del fallo de los tribunales acerca de este proceso daremos cuenta á nuestros lectores: sin embargo, al referir los anteriores detalles, no hemos podido ménos de recordar un caso parecido que ha tenido efecto últimamente en Paris, y cuyo resultado ha sido el siguiente: Una jóven, de reconocida virtud y laboriosidad, contrajo matrimonio con un obrero de corazon noble y de buenos sentimientos, pero de costumbres algo licenciosas. A los pocos meses de vida conyugal, la jóven conoció que su esposo tenia amores ilícitos, y que mantenía á su manceba con parte del jornal que ganaba. Al principio sufrió en silencio, y trabajó en su oficio de costurera para atender á las obliga-

ciones de su casa; pero una noche, despues de una acalorada disputa con su esposo, le atravesó el corazon de una puñalada cuando se hallaba dormido. Loca de desesperacion salió á la calle, y corrió á la ventura, refiriendo su crimen al centinela de un cuartel, que no quiso darla crédito, y arrojándose más tarde al Sena, de donde fué sacada por un barquero. El tribunal, tomando en consideracion sus antecedentes, la declaró absuelta.

No tener dinero es una cosa muy corriente y muy natural, y sobre esto tener apetito, es una cosa más natural todavía. Así debieron creerlo tres caballeros particulares que en la tarde del sábado último se presentaron en la fonda de Cataluña, y despues de haber dado cuenta de varios y no escasos manjares, se declararon en quiebra cuando el fondista les presentó la suya. Este, que no entendia de bromas ni daba de comer tan barato, llamó á los agentes de la autoridad, y los tres caballeros fueron á hacer la digestion á la última casa de la calle de Hortaleza, en la acera de los números nones, se entiendo. Esto me hace recordar á cierto *lipendi* que entró en una fonda, y pidió sopa, chuletas, asado, ensalada y postres; reclamando despues, por via de mondadientes, á un señor de las mangas verdes que lo llevase á la cárcel, cuya petition, inútil es decirlo, fué exacta y fielmente cumplida.

Pasemos al extranjero. Leduc, el asesino de sus hijos, ha expiado el miércoles último su horrible crimen en la plaza pública de Boulogne-sur-Mer. El condenado, durante sus últimos momentos, ha permanecido tranquilo, sin que en su fisonomía se retratase la menor emocion: continuamente se le ha visto resignado y esperando sin temor el suplicio que le aguardaba. Al despedirse de su carcelero le dijo: «Muerdo contento: ¿qué hubiera hecho yo en el mundo?» A las seis de la mañana subió al coche fatal, acompañado del capellan de la cárcel y del cura de Saint-Omer, los cuales, para evitar la muchedumbre, hicieron que el coche saliese por la puerta de Balais, de modo que el reo tuvo que atravesar el puente Napoleon, á cien pasos del sitio donde cometió el crimen. ¡Quizás en aquel momento pensó en los dos ángeles, inhumanamente ahogados por su mano! Media hora despues el coche entraba en Boulogne-sur-Mer, y algunos minutos más tarde Leduc pagaba su tributo á la justicia de los hombres.

El parricida Pelissier, de cuyo crimen tambien dimos cuenta á nuestros lectores, ha sido trasladado de la cárcel de Riom, donde todavía se hallaba, al presidio de Tolon, en cuyo punto se embarcará para la Nueva-Caledonia á extinguir su condena. Segun escriben de aquella ciudad, Pelissier permanece tranquilo, como lo estuvo ante sus jueces: el comisario de policia de Riom, que le acompañó hasta la estacion del ferro-carril, hizo todos los esfuerzos imaginables para obtener algunas revelaciones del reo: tarea inútil; Pelissier solo dijo: «Puedo asegurar que mis padres se suicidaron en Lyon, en el puente de Saint-Clair ó en otro que hay más abajo: escribid á Lyon, si quereis.» Al ponerse el tren en marcha, le volvió á decir el emisario: «Pelissier, ¿persistís en vuestra declaracion?» —Sí, sí, contestó el reo; con el tiempo lo vereis.»

Cuatro líneas antes de terminar. A un tribunal de Paris es presentado un prójimo, que carece de documentos y de medios conocidos de vivir:

—¿Cómo os llamais? le pregunta el presidente.

—Claudio Baudot.

—¿Cuál es vuestra profesion?

—Señor, vendo cristales ahumados para los eclipses de sol.

I. VIRTO.



MAYO

EL MES DE MAYO.

TEATROS.

Pródiga hasta el despilfarro ha sido la última semana en novedades teatrales. Dos obras se han estrenado en el teatro de la Zarzuela, una en el del Circo y una comedia de magia en el de la plaza de la Cebada. La actriz italiana señorita Civili ha inaugurado también sus funciones en el teatro de Variedades, y por fin, en el régio coliseo ha tenido efecto el beneficio de la siempre distinguida cantante Mme. Ana de la Grange.

Si hubiéramos de llenar cumplidamente nuestro cometido, basta la enunciaci6n del anterior programa para comprender que habíamos de ocupar mas espacio que el que destinamos á esta clase de trabajos. Además, y en obsequio á la verdad, aunque muchas son las obras nuevas, pocas ó ninguna sufriría un exámen detenido. Nos concretaremos, pues, á decir de ellas lo bastante para que pueda ser conocido su respectivo mérito, y con débil esfuerzo habremos salido del paso.

La función que á beneficio de Mme. Lagrange se puso en escena el jueves último en el Teatro Real obtuvo la más favorable sanción del público, que llenaba las localidades de aquel vasto y elegante recinto, y que recibió á su estimada artista con inequívocas muestras de cariño, obsequiándola con ramos, coronas, palomas y versos, y por cierto que con justicia. Mme. Lagrange es siempre la consumada actriz, que con su envidiable talento sabe cautivar al auditorio. También el Sr. Nicolini, que en dicha noche cantó con la beneficiada el cuarto acto de *La Favorita*, mereció los aplausos de la distinguida concurrencia que asistió á aquella solemnidad artística.

Un rasgo que enaltece á la dama, despues de tantas y tantas dotes artísticas que adornan á la cantante, y que dejará un profundo recuerdo entre sus admiradores, debemos consignar aquí, puesto que con él ha conquistado el agradecimiento de una familia necesitada, prestando generosamente su distinguida cooperaci6n en beneficio de un actor enfermo que carece de recursos, con el fin de salir de España para recobrar su salud. Este laudable motivo detendrá algunos dias en Madrid á Mme. Lagrange, y nos proporcionará el inmenso placer de oirla en el teatro de la Zarzuela, que es en el que se pondrá en escena la función que se proyecta con tan humanitario pensamiento, segun nos han asegurado.

En el teatro de Variedades se realizó por fin el domingo la esperada reaparición de la eminente actriz italiana señorita doña Carolina Civili con el drama del género llamado *realista*, y que lleva por título *La Dama de las Camelias*. Conocido hasta la saciedad el pensamiento de esta obra, no habremos de juzgar ahora hasta qué punto es tolerable la exaltación del vicio que en ella pretenden redimir, y nos limitaremos á rendir un tributo de admiración á la artista que con tal verdad interpreta el difícil papel de protagonista, que el público todo sufre con ella durante su prolongada y terrible agonía. La señorita Civili en este drama, que en otra ocasi6n desempeñó en Madrid, y por cuya razón nos creemos disculpados de entrar en detalles, es la actriz inimitable, es la sublimidad del arte.

Recordados ya estos dos faustos sucesos, pasemos á ocuparnos de las obras que por primera vez han sido presentadas en la escena.

Buena boda, juguete en un acto, en verso, original y primera producción de un jóven escritor, estrenóse en el teatro de la Zarzuela, y merece por cierto la buena acogida que se le dispensó. Basado en un pensamiento que desarrollado en obra de más pretensiones tendría suma importancia social, y escrita con fácil y oportuno gracejo, es una obra de entretenimiento que llena cumplidamente su objeto.

En la misma noche que la anterior, y en el citado teatro, representóse también por vez primera *Despierta y dormida*, zarzuela traducida del francés, y que á no haber sido llamados sus autores á la escena, no exigiría especial mención. El trabajo del escritor español que la ha importado á nuestro teatro no es censurable, ni tampoco la música que se la ha intercalado para darle mayor atractivo. Por lo demás, la obra carece de plan, y por consiguiente, de interés.

El teatro del Circo ha cerrado sus puertas con una zarzuela que hubiera quizás logrado por sí sola que se hubieran cerrado antes, si antes se hubiera puesto en escena. Afortunadamente para la celosa é inteligente empresa de aquel coliseo, su mala influencia ha sido ineficaz en este caso, gracias á que la misma tenía el pié en el estribo cuando se acordó de aquella malhadada zarzuelita. Tres actos tiene sin embargo, y se titula *De Salamanca á Madrid*. Si su autor nos quiere creer, antes de dar á luz otra producción, debe invertir el viaje, y hacerle de Madrid á Salamanca. Todos habremos de ganar en ello.

Amor fino y amor basto ó el pico y el rabo (vaya si lo tiene el titulejo) es el nombre de una comedia de magia que en el teatro de Novedades también se ha estrenado la semana última. Imposible es ocuparse con formalidad de esta obra, en la que domina, por otra parte un pensamiento laudable; pero que no es comedia ni mucho menos de magia. Escrita toda ella en un tono con escaso libre, sonroja y no divierte. Grosera en sus episodios, pues entre otros recordamos el que presenta á un bisabuelo de la novia del gracioso *revenant* en forma de toro, y al cual lidia, en toda regla, su futuro pariente, y en el que se exhiben al público varios escarabajos, que se ocupan en su asquerosa industria, no es digna la obra en cuestión de otra cosa que del olvido, ya que hemos tenido la triste suerte de conocerla y de traerla en estos instantes á la memoria.

Del 8 al 12 se inaugurará el teatro de Rossini, en los Campos Eliseos, con la ópera *El Fausto*. En breve también el Circo del Príncipe Alfonso abrirá sus puertas. Mientras tanto, yo cierro este artículo, y todos estamos en nuestro derecho.

E. DE INZA.

CETTE.

Cette, que es la vista con que hoy encabezamos nuestro número, es una ciudad muy importante del departamento de Herault, en Francia.

Al mismo tiempo es un puerto de mar de los principales en el vecino imperio, y la actividad de su comercio justifica la importancia que se le concede.

Como Rochefort y muchas otras ciudades marítimas de Francia, Cette no adquirió la importancia de que hoy disfruta hasta el reinado de Luis XIV. Hoy cuenta con 25.000 habitantes en su recinto.

Se calculan tres ó cuatro mil personas las que favorecen con su presencia todos los años este delicioso puerto de mar, á donde van á tomar baños y á admirar su magnífica montaña, situada en medio de las aguas, cuya elevación es de 160 metros.

La pesca local y la de las aves acuáticas forman uno de los ramos más importantes de su industria y de su comercio.

El puente que dá entrada por tierra á la ciudad, es una obra magnífica, como lo son igualmente muchos de los edificios de la misma y que datan de la época del Renacimiento.

Su muelle está perfectamente construido, así como son dignos de visitarse los almacenes del puerto, cuidados y pertrechados de cuanto pueda necesitarse con el mayor esmero y buen gusto.

La estacion de los baños es una de las más

deliciosas en aquel país; así que, de los puntos más lejanos de Francia y hasta del extranjero acuden á disfrutar en él, no solo de la bondad de sus aguas y de lo sano de sus alimentos, sino también del fresco ambiente y de la agradable temperatura que allí se disfruta.

Tales son, ligeramente reseñadas, las buenas condiciones de la ciudad y puerto de Cette.—B.

COCHINCHINOS Y JAPONESES.

El grabado que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, representa los retratos de los embajadores del Japon que visitaron á Madrid hace dos años, despues de haber permanecido en Francia algun tiempo, cumpliendo como en España su mision diplomática.

Antes que ellos nos visitaron los del emperador de Conchinchina Tu-Duc, y cuya historia de regreso es de las más dramáticas. A fin del mes de noviembre de 1863, dejaron á Valencia á bordo del vapor *Lepanto*, y desde esta época fueron casi constantemente víctimas de las más aterradoras tempestades. Los vientos les llevaron de las costas de Francia á las de Italia, y de las de Sicilia á las islas Jónicas. Hasta primeros de febrero no cesaron de experimentar crueles contratiempos; pero al fin pudieron echar el ancla en el puerto de Alejandría.

Despues de descansar algunos dias en el Cayro, donde Said-Pachá les concedió la más generosa hospitalidad, se embarcaron en Suez á bordo del steamer *Japon*, que les condujo á Leylau.

Sin estas peripecias, hace ya largo tiempo que los embajadores annamitas estarian olvidados. Tuvieron la desgracia de venir antes que los japoneses y de ser menos interesantes. Nada valen los nombres de Phan-Thang-Giau, ó del intérprete conchinchino Trüong-Viuh-Ky, al lado de los sonoros nombres de los enviados de Taikoun, emperador del Japon; Takeno-Outchi-Somod-Zonki-No-Kami, primer ministro plenipotenciario; Matsdaira-Iwimino-Kami y Kiogock-Notono-Kami, segundos embajadores, y Chibata-Sadataro, primer secretario.

Los embajadores japoneses visten perfectamente: los mandarines del imperio se reservan el privilegio de las túnicas de seda y de zapatos chinos con sus gruesas suelas: las gentes de la clase inferior llevan sobre el vestido una bata corta de lana y van descalzos.

Los japoneses poseen algunas joyas artísticamente trabajadas, y tienen alguna instrucción: los conchinchinos parecen no conocer rudimento alguno de industria, propia de una civilizaci6n adelantada.

Los embajadores de Taikoun están lejos de ser tan escuálidos ni tan pobres como los de el emperador Tu-Duc.

La tez de estos es de un calor amarillo súcio, y nada más repugnante que sus dientes, negros completamente por el uso moderado de la nuez de *arec* y del *betel*, planta que en la India sustituye al tabaco, y que mascan como un esquisito manjar.—B.

EL MES DE MAYO.

Mayo es el mes de las flores, de las aves, de los poetas y de los enamorados. La naturaleza, sacudido ya el helado manto del invierno, se viste el ligero traje de primavera

y se corona de flores; las aves, escondidas entre el ramaje y alegres porque su compañera, la Patti, ha tentado su vuelo hacia otros países, cediéndolas el campo, saludan gozosas al sol naciente; los alumnos de las musas dejan á un lado la pereza, y se preparan, lira en mano, á entonar sentidas endechas en honor de la fresca rosa, de la rubia espiga y del ameno valle; los enamorados, en fin, ébrios de entusiasmo con el espectáculo que les ofrece la naturaleza, doblan la dosis de sus suspiros, buscan al dulce objeto de sus ansias ó contemplan estáticamente á la luna, que es la muda adorada de todos los enamorados cesantes.

El grabado que hoy ofrece EL PERIÓDICO ILUSTRADO á sus favorecedores con el título de *El mes de Mayo*, puede decirse que es un verdadero y acabado poema de la primavera: entre el riquísimo tegido de rosas, lilas, claveles y margaritas, que forman una graciosa guirnalda, se destacan animados cuadros que representan varias escenas propias del mes que atravesamos.

En la parte superior del cuadro se ve huir al decrepito invierno, con un séquito de bailarinas y de bulliciosas máscaras: en su lugar se presenta la alegre primavera, coronada de rosas, y seguida de otras divinidades que ostentan doradas espigas y ricos frutos; al rededor de su cabeza vagan las pintadas golondrinas, aves aristocráticas que se permiten hacer todos los años sus escursiones veraniegas, y que vienen á anunciarnos que ha llegado la época de las tardes serenas y de las noches perfumadas; á sus plantas, en fin, se agrupan los amorcillos, preparándose á traspasar de un certero flechazo los corazones inespertos y sensibles.

Bajad un poco la vista y la decoracion cambia en la plaza de una aldea; varios robustos mancebos clavan en el suelo un elevado mástil, en cuya parte superior hay una guirnalda de flores, operacion que las aldeanas saludan con gritos de alegría. Esta parte del grabado representa una costumbre de la poblacion rural francesa, llamada por nuestros vecinos *planter le mai*, alrededor del cual bailan sin descanso los domingos por la tarde. Un poco hacia la izquierda se ve una pareja de enamorados, que abandonando las orillas del rio, que atraviesa un manto de verdura, caminan embebidos en dulces coloquios, recogiendo las pintadas flores que les ofrece la naturaleza.

Al otro lado nos representa una escena de familia, que rebosa ternura y sentimiento. La hija cariñosa ayuda á andar al impedido anciano que le dió el sér, obligado por los años á cruzar en un sillón de ruedas las alamedas de su jardin, mientras los bulliciosos nietos se atropellan por llevar flores á su abuelito, que los acoge con una sonrisa, en que se pinta todo su cariño. Más lejos, el padre de los niños se entretiene en podar las ramas inútiles, en tanto que el menorcito viene del establo con una taza de leche, que piensa ofrecer á su abuelito.

Mayo es tambien el mes de la Virgen Maria; por eso representa el grabado, en su parte extrema derecha, un venerable sacerdote, que deposita un canastillo de flores á los pies de la madre del Redentor.—BELZA.

CLAUDIA PRÓCULA.

NOVELA RELIGIOSA.

(Conclusion.)

Y se lanzaron hacia un pórtico sostenido por columnas de jaspe. Dos esclavos atrienses abrieron de par en par la puerta de madera de Sethim que allí estaba, en cuanto conocieron que una de las dos personas que se acercaban era Claudia Prócula. Ambas entraron en un magnífico aposento: el cubículo de Poncio Pilato, presidente de Judea á nombre de Tiberio Claudio Neron, César Augusto. Poncio se hallaba inquieto: estrujaba en su puño algunos repliegues de la toca de púrpura, mal sujeta en su hombro izquierdo: media una y otra vez la estancia con desatentados pasos: contaba, sin saber para qué, las luces de un candelabro de bronce, y paraba de vez en cuando atentísimo oído, como quien teme escuchar sonidos desagradables y frunce el entrecejo antes de que le hieran el timpano. Al ver á sus huéspedes, paróse. Claudia se adelantó, hablando con precipitacion desde antes de acercársele.

—Se por experiencia que no eres malo: se por experiencia que eres débil: no consentan los dioses que sepa por experiencia que tu debilidad te ha hecho inicuo.

—¿Qué sucede? ¿Qué quieres decir?...—Y estendiendo la mano como para suspender por un momento la palabra de su interlocutora, abrió de golpe una ventana y añadió con voz resuelta:—Centuriones, que se tripliquen las guardias que mandé duplicar no ha mucho.

—¡No es eso, no es eso! Jerusalem ha enloquecido. Pretende manchar con cieno la sagrada estatua de Témis...

Poncio Pilato cubrió en el instante con una cortina de escarlata la estatua de la justicia que decoraba el aposento, se colocó delante como para resguardarla y añadió:

—Nada temas.

—¡Que nada tema! Escucha.

Escuchábase ya en efecto un rumor lejano, pero confunso, inmenso, indiscriptible, tremendo, como el del huracan cuando se acerca empujado por el trueno en horas de tempestad.

—¿Y á dónde va Jerusalem?

—Aquí viene, aquí se dirige, á tí te busca.

—¡Aquí!... No entrará aquí: quedaria impura para celebrar mañana su festividad pascual...

—Por eso quiere hoy mismo la muerte...

—¿Para quién?—dijo asustado Poncio.

—Para Jesus.

—¡Bah! ¿Y qué te importa?

—No sabes lo que he padecido, lo que padezco, mis sustos, mis visiones, mis ensueños... Prométeme la vida del Justo. ¿Qué te va en ello? (1). Es tu deber.

—Bien; pero...

—Me llamo tambien Claudia.

—(Como Tiberio. Pudiera ser su afin! A ella debí mi cargo...)

—Soy tu esposa...

—(Ellos vendrán diciendo que ha querido hacerse rey, que es enemigo del César, que lo soy yo, si le salvo...)

—¡Poncio Pilato!

—¡Claudia Prócula!

Estos dos vocativos pronunciados á la vez y en son de pasmo, se unieron á la súbita aclamacion de muerte que acababa de partir de la plaza del Pretorio, haciendo retumbar el edificio, y llegando hasta las nubes en desacordes ecos.

Poncio Pilato quedó pálido en un momento de indecision. Parecia que no encontrando á la dignidad á quien pedir consejo, llamaba á la astucia para que se lo diese.

La frente de Prócula tiñóse de carmin: no se sabe si á impulsos de impaciencia, de lástima ó de rubor. Era de nobles sentimientos la suntuosa romana.

Por fin, el pretor se dirigió precipitado á la estancia de su tribunal, diciendo á Claudia Prócula:

—Espérame aquí;—á unos soldados que se acercaban presurosos,

—Traedme bien asegurado al facineroso Barrabás;—y añadiendo para sí:

—Encontré al cabo medio para agradar á todos. No ha sido poca fortuna, ni despreciable inspiracion de los dioses, á instancias de mi sagacidad.

Y desapareció.

Y Claudia Prócula arrojóse en los brazos de Protina. Y el diabólico motin de fuera subia de punto. Y ambos lloraban.

Las angustias del Santo de los Santos ascendian al cielo, en holocausto propiciatorio. Las horas de la redencion del mundo viajaban sobre la tierra, de paso hacia la eternidad de los tiempos. Los ángeles las contaban atónitos. ¡Como los hombres pueden olvidarlas!

Cuando el astro del día iba acercándose al cenit, volvió Poncio Pilato (enjugándose las manos que acababa de lavarse delante del pueblo deicida) al sitio en que impaciente le aguardaba su esposa: al verla bajó los ojos como corrido. Fijó en él Claudia una severa mirada sin desplegar los labios.

—Lo he mandado azotar como á un esclavo, lo he dejado coronar de espinas como á rey de farsa, lo he convertido en varon de dolores, lo han visto y han preferido la vida de Barrabás: allá se las hayan: mi

prudencia ha dado de sí cuanto podia: ellos lo llevan á muerte de cruz: lavé mis manos...

Dijo así Poncio Pilato.

—¡Indigno! ¡Infame! No te llamarás ya el esposo de Claudia Prócula. Te detesto. Te repudio.

Así dijo Claudia.

Tomó de la mano á Protina, y la arrastró temblando hacia una escalera de mármol que conducia á la terraza descubierta y enlosada que servia de techo y de mirador á cada una de las casas de Jerusalem. Al presentarse en ella nada vieron más que una apiñada y estensa muchedumbre, que, interceptando el verdor de las praderas por aquella parte, se adelantaba rumorosa hacia el Gólgota, colina oscura que cerraba el horizonte. Así se adelanta hacia el Mediodía horrible y rebramante nubarron interceptando el puro azul de los cielos. Mas de repente oyen distintas dos palabras, salidas de aquel caos y pronunciadas á un tiempo como por lábio de un hombre, y como por lábio de mujer:

—¡Hijo!...—¡Madre!... Un solo grito.

Pero hizo temblar la esfera.

Ambas espectadoras se abrazaron, y sin hablar, mostrábanse con el índice la cumbre del Calvario. Una especie de estupor inconcebible las dominaba. La atmósfera no sostenia una nube, el sol marcaba la hora de sexta, y sin embargo, el cielo se ponía negro como el manto de una noche sin estrellas. Rugen truenos subterráneos. Chocan sin ageno impulso unas con otras las piedras. Claudia se imagina otra vez presa de sus terribles ensueños, pero está despierta. Ha visto levantarse tres cruces en la eminencia de la colina.

¿Qué harán ya esos dos seres abismados? No lo saben: no tienen fuerzas para nada, y caen de rodillas. Era el instante en que todas las misericordias del cielo descendian sobre la tierra: era el instante en que Jesus moria crucificado en medio de dos ladrones!

V.

Las dos primeras adoradoras de la cruz de redencion (que habia de ser tambien adorada en la prosecucion de los siglos por todos los hombres regenerados) se levantaron. Ignoraban el tiempo que habian estado en la humilde y resignada postura. Pero ya no temian: ya no soñaba pavorosamente la una, ni era esclava la otra: se llamaban hermanas, y como tales huyeron juntas del palacio de la iniquidad, del palacio del Pretorio. Al salir de él acudia Josef de Arimatea en demanda de permiso para enterrar á Jesus ungiéndole con cien libras de mirra y de aloé.

Dos auroras más han brillado desde los cielos, y, sentados sobre sus luces, cantan ya millares de ángeles el triunfo de la resurreccion. Cundió por el mundo la Buena nueva. Claudia Prócula y Protina iban con los que la predicaban. Creyeron; y acaso repetirán ahora, despues de mas de diez y nueve siglos, en la Iglesia triunfante, el *aleluya* entusiasmador en que va á prorrumpir la militante!

Solamente sus cantares son los dignos de la Divinidad: cesen los míos. Pero que repitiendo aquellos, podamos todos unirnos al *aleluya* interminable que se entona sin fin en las eternidades de tu gloria. Dios bueno, Dios redentor, Dios vencedor del pecado y de la muerte!

J. J. CERVINO.

Solucion del geroglifico del número anterior.

Oveja que bala
Bocado pierde.

GEROGLÍFICO.



Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 13, principal.

DE TELON AFUERA.



El Danonetto

EN NOVEDADES.—Calle! Pues no se ha desmayado mi vecina? Esta clase de dramas deberían suprimirse, en obsequio de la salud pública.

EN EL PRÍNCIPE.—¿Quién es aquella señora que tanto te echa los gemelos?

—Una parroquiana de mi amo, que me conoce por las muchas veces que le he llevado la cuenta. Trata de seducirme, pero no tengas cuidado.



Un marido que se olvida de su papel.

EN LA ZARZUELA.—Qué tonto es Alfredo! No me mira por temor sin duda á mi marido, sin reflexionar que el pobre está tan cansado!...

EN EL REAL.—Penúltima escena de *La Traviata*:
¡Gran Dio, morir si giovane!
Lo que entristece á la hija hace sonreír al padre.